

todo ha concluido.»—Yo le prometí tomar una resolución. Entre veros muerta y veros casada, prefería lo primero. Sin embargo, dejé pasar días y días. La idea de vuestra muerte me espantaba. Soy un cobarde

La señorita de Fonterase escuchó estas terribles revelaciones sin espanto.

Estaba bajo la influencia de una alucinación infernal.

La noche empezaba á cerrar.

Nicolasa se acercó al tronco en que estaba atado el caballo, y le desató.

El caballo se puso delante de su ama, como para defenderla.

Corentin creyó que Nicolasa tenía miedo.

—Os causo horror, ¿no es verdad?, exclamó comprendiendo que estaba perdido. Debeis sentir por mí tanto desprecio como aversión. Merezco ambas cosas. Pero ¡tranquilizáos! No temais nada de mí. Yo tengo que deciros una palabra para concluir. Después nos vimos en la Piedra de las Hadas. Aquel día, con una sola palabra, transformásteis todos mis sentimientos. Todas mis malas pasiones se fundieron al fuego de vuestras miradas. Me hicisteis bueno. Ya lo sabeis todo. Juzgadme. Me es indiferente lo que pueden pensar de mí los demás. Solo vuestra opinión me preocupa. Cualquiera que sea mi suerte, llevaré impreso vuestro nombre en mi corazón. Vuestro re-

uerdo bajará conmigo á la tumba. Adios, señorita. No os exijo que me contesteis. No quiero que toqueis con vuestro guante la mano de los que han asesinado á vuestro padre. Tal vez no volveremos á vernos. Me resignaré á este nuevo suplicio sin quejarme. Adios, señorita, adios.

Corentin dió un paso para internarse en el fondo del bosque.

—Corentin, exclamó Nicolasa, nadie sabrá lo que me habeis dicho. Hasta la vista.

Y montando á caballo, desapareció.

—¡Ah! exclamó Corentin, mi vida se va con ella.

IV.

Alrededor de Elven.

Cláudio no se atrevió á entrar en Elven hasta que cerró completamente la noche.

Le espantaba su situación

Creía que todo el mundo le iba á señalar con el dedo, como diciendo:

—Ese es un Kerandal.

El ruido de la fiesta, que duraba todavía, llegaba hasta él, sumiéndole en la desesperación.

Todos eran felices.

El estaba de luto y de luto eterno.

En una hora había perdido el fruto de quince años

de estudio, el derecho de llevar la cabeza levantada delante de todo el mundo, y por último, lo más precioso para él, el amor de Juana.

Entre los dos se había abierto un abismo.

Y, sin embargo, experimentaba una irresistible necesidad de volver á ver y hablar á la joven criolla.

—Después de todo, se decía, es una preocupación creer que los hijos sean responsables de los crímenes de sus padres. Faltas ajenas no pueden separar dos corazones que han nacido para amarse.

¡Vanos razonamientos! Preocupación humana é iniquidad de los juicios del mundo, el crimen de su padre le espantaba.

Y no podía perder tiempo.

Juan le había dicho que Juana estaba agonizando, sola y sin recursos.

Era preciso decidirse.

Cuando la señora Jacut vió entrar á Cláudio, dió un grito.

Pero fué un grito de alegría.

—¡Ya sabía yo que volverías! exclamó.

Y llamando á Marta, añadió:

—Conduce á Cláudio á la habitación de la enferma. Cláudio interrogó con una mirada á Marta.

—¿Me preguntáis cómo está? Muy mal. Pero como es joven, la naturaleza saldrá triunfante de la lucha. Seguidme.

Cláudio no necesitó que se lo dijera Marta dos veces.

Juana parecía dormida, pero no dormía. Estaba aletargada.

La amenaza del ataque cerebral no había desaparecido.

Solamente con mirarla, comprendió Cláudio el peligro.

La enferma, era joven y fuerte, en efecto, pero cierta clase de emociones rinden las mayores resistencias.

Cláudio la cogió la mano y la pulsó.

Luego se inclinó sobre ella y contó los latidos de su corazón.

Y por fin se decidió á combatir frente á frente con un enemigo que creía más fuerte que él.

Cuando la señora Jacut subió al cuarto de Juana para enterarse de su estado, Cláudio la dijo:

—Es preciso que viva; vivirá... La salvaremos.

—¿Tanto la amas?

—¡Con todo mi corazón! exclamó Cláudio llevándose á los labios la mano de Juana, que quemaba como un carbón encendido.

V.

En la sombra.

Eran las doce de la noche.

En Santa Gilda no se había hablado de otra cosa durante la velada que de la historia de los Kerandal.

La marquesa de Fonterose era mujer de pocas palabras; pero, en su sonrisa maligna, se adivinaba su odio á los Kerandal.

Nunca los habia tenido por parientes. ¡Qué gran ocasion aquella para justificar su despego!

Despues del escándalo de la posada de Elven, estaban irremisiblemente perdidos.

Si conservaban un resto de pudor, tendrían que abandonar el país.

Porque si el culpable habia muerto, su crimen sería inseparable de sus hijos.

El capitan estaba satisfecho pero no se atrevía á demostrarlo delante de Presle, Fontrailles y el general Camberfot.

Nicolasa llegó cuando ya estaban sentados á la mesa su madre y sus huéspedes.

Oyó todas las apreciaciones, pero no contestó á ninguna.

Solo cuando el capitan se permitió pronunciar una palabra demasiado dura, se atrevió á replicar:

—Esperad.

—Hay presunciones.

—Unas cuantas palabras pronunciadas por una pobre vieja que no está en su juicio.

—¿Y por qué ha perdido el juicio?

—¿Podeis vos responder de que no estareis loco dentro de quince días?

Roger estaba tranquilo.

Nicolasa no habia descubierto su secreto

Juana no habia querido perderle.

Tenia un proyecto.

Iría á verla, la confesaría su ruina, y la convencería de que el matrimonio era su única salvación.

Si Juana no habia hablado, era prueba de que le amaba todavia.

—Mientras tanto, decía en voz baja el conde de Presle á la baronesa de Fontrailles:

—¿Cómo acabará todo esto?

Pocos momentos despues de las doce, los dueños y los huéspedes de Santa Gilda se retiraron á sus habitaciones.

Media hora despues reinaba el más profundo silencio en la mansión señorial de los Kerandal y los Fonterose.

Nicolasa, vestida de negro, y envuelta en un abrigo de pieles, abrió suavemente la puerta de su cuarto y escuchó.

Solo se oia el ruido del viento que agitaba la veleta de Santa Gilda.

Cerró la puerta y se internó en los interminables corredores del castillo que conducían á las cocinas.

Allí, sentados en un banco delante del hogar, fumando silenciosamente, esperaban dos hombres.

—¿Estáis prontos? preguntó la señorita de Fonterose.

Los dos hombres se levantaron.

Uno de ellos era el guarda bosque Juan y el otro Binic, el palafrenero.

—¿Tenéis todo lo que se necesita? preguntó Nicolasa.

—Todo, señorita, contestó Binic.

—Bien. ¿Dónde está?

—En el estanque de Rudelande, contestó Juan.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora.

—¿Encontrarás el sitio?

—Al primer golpe de vista. Hay cosas que no pueden olvidarse.

—¿Has guardado el secreto?

—¿Cómo queríais que fuera yo quien les delatara? Han sido los protectores de mi infancia.

—Vas á salvarlos por segunda vez. Cuando la justicia registre el estanque, es preciso que no halle nada. Entonces creará todo el mundo que María Ana está efectivamente loca. Son parientes míos, y debo hacer algo por ellos. En cuanto á la desdichada huérfana... También me ocuparé de ella.

Nicolasa, con un heroísmo superior á su sexo y á su edad, iba á devolver bien por mal.

Juan y Binic estuvieron á punto de arrojarle á sus pies para besar la orla de su vestido.

Cuando Juan abrió la puerta de la cocina que daba al campo, una ráfaga de viento apagó el candil que pendía de la campana del hogar.

—¡Mala noche! exclamó Juan. Tan mala como aquella.

El palafrenero repuso.

—Quedaos, señorita. Nosotros desempeñaremos solos la triste mision.

—No, Binic, quiero ir con vosotros, le contestó Nicolasa. Vamos.

De Santa Gilda á las lagunas hay una distancia considerable siempre, pero más en una noche de tormenta, donde por efecto de la oscuridad á cada cien pasos se pierde el camino y hay que volver á buscarlo.

Llovía copiosamente.

Nicolasa iba á caballo y á ambos lados Juan y Binic.

Después de una hora de marcha, llegaron al sitio en que diez años antes Pedro Kerandal se había des-
embarazado de su víctima, arrojándola al agua.

Nicolasa se apeó.

—¿Es aquí? preguntó á Juan.

—Aquí, señorita.

Mientras tanto, Binic ponía á flote la barca que estaba atada á la orilla.

—Esperad aquí, dijo á Nicolasa. Las aguas están muy agitadas y pudiera haber peligro.

—Si lo hay para vosotros, lo debe haber tambien para mí.

—No es lo mismo.

—¿Porque tú eres valiente? Yo tambien lo soy.

—Sois mujer.

—Y luego, añadió Juan, el espectáculo es terrible. Haced lo que queráis. Aquí os espero.

La luna consiguió en aquel momento abrirse paso por entre las nubes.

VI.

La fortuna de los Trelan.

La barca se alejó de la orilla impulsada por los remos que manejaban diestramente Juan y Binic.

La luz de la linterna que llevaba encendida en la proa no tardó en perderse de vista.

Nicolasa se quedó sola y en la mayor oscuridad.

Otra mujer menos valerosa que ella hubiera tenido miedo.

Un cuarto de hora despues volvió á distinguirse la luz de la linterna.

—¡Juan! ¡Binic! gritó Nicolasa.

—Nosotros somos, contestaron á la vez los dos leales servidores de Santa Gilda.

En el fondo de la barca se veía un bulto informe.

—¿Habeis encontrado lo que buscábais? preguntó la señorita Fonterose.

—Si, contestó Juan.

Binic hizo la señal de la cruz, mirando hácia

atrás como si temiera que le hubiese seguido alguien.

—Ahora, dijo Nicolasa, es preciso enterrarle en un sitio donde no pueda ser hallado. De esta manera no se confirmará la revelación de María Ana.

El espectáculo fué horrible.

De lo que habia sido Noel Trelan sólo quedaba un esqueleto descarnado y hecho pedazos.

La enorme piedra atada al saco por Pedro Kerandal habia mantenido el cadáver en el fondo del estanque.

Juan Binic y la señorita de Fonterose convinieron en el sitio en que debia ser enterrado.

El sitio elegido fué la parte mas impenetrable de las landas.

Al sacar el cadáver de la barca se rompió la tela que le envolvía, y el esqueleto quedó al descubierto, cayendo á los pies de Nicolasa un objeto, que examinado á la luz de las linternas, resultó ser un cinturón de gutapercha que habia resistido á los efectos de la destrucción.

Dentro del cinturon habia algunos billetes de Banco y un rollo de papeles.

Todo estaba intacto.

Colocaron sobre el caballo los restos mortales, después de envolverlos en la misma tela que los habia servido de mortaja, y la fúnebre comitiva se puso en marcha.